



POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA EUROPEA: EL JUEGO EUROPEO DE ESPAÑA

Nieva Machín¹
Investigadora UNISCI

Resumen:

España tradicionalmente ha sido un miembro activo dentro de la unión Europea con un profundo carácter europeísta. Sin embargo los intereses de España están cada vez más distanciados de los de la corriente principal. La política exterior española carece de rumbo marcado y objetivos concretos establecidos y consensuados siendo ya más que evidente la carencia de una reflexión estratégica sobre qué se quiere lograr en Europa y como se quiere hacer. La falta de iniciativas y la pérdida de peso político de España en Europa y en el mundo, tras los efectos de la crisis económica y la indecisión gubernamental al respecto, ha afectado negativamente la imagen internacional de España como potencia media limitando su capacidad de influencia internacional. España está todavía a tiempo de reconducir su política exterior hacia Europa si se toman las medidas oportunas.

Palabras clave: Política exterior, Europeísmo, Tratado de Lisboa, papel de terceros, crisis económica.

Title in English: “The Spanish European Foreign Policy: Spain’s Game in Europe”.

Abstract:

Spain has traditionally been an active member of the European Union with a deep-European character. But the interests of Spain are increasingly alienated from the mainstream. Spanish foreign policy course set no specific targets and is evident the lack of strategic thinking on what is to be achieved in Europe and how they want to do. The lack of initiative and loss of political weight of Spain in Europe and the world, after the effects of the economic crisis and government indecision about it, has adversely affected the international image of Spain as a middle power limiting their ability to influence on the international environment. Spain has still time to redirect its foreign policy toward Europe if appropriate measures are taken We face the question of the effectiveness of this deep Europeanism at the time of achieving the objectives and national interests. The Lisbon Treaty with the concept of "third role" it may be seen as an avenue to give to Spain the ability to influence European and world affairs, thanks to the Spain-Latin America relationship.

Keywords: Foreign policy, Europeanism, Lisbon Treaty, Role of the Third Parties, Economic Crisis.

Copyright © UNISCI, 2011.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI*

¹ Nieva Machín es investigadora UNISCI y especialista en la política exterior española.



1. Política exterior española europea: El juego europeo de España

España cuenta o ha contado con representantes en una treintena de organismos internacionales², en las instituciones europeas y en algunos puestos clave de la UE, pero, sorprendentemente, es más que posible poner en duda que España tenga un proyecto serio de política exterior europeo a largo plazo.

España es un país que ya desde su entrada en Unión Europea ha sido un activo protagonista político, económico y social de primer orden. España es un país que ha estado en la vanguardia de innumerables iniciativas y políticas europeas, tales como: la ciudadanía europea, la política de cohesión, la política hacia el Mediterráneo o la Estrategia de Lisboa, pero estas no son todas. La lista es sorprendentemente larga; entre ellas podemos también mencionar el espacio europeo de Justicia e Interior, la Agenda Transatlántica o la operación «Atalanta» contra la piratería en el Indico.

España es ya un Estado miembro que ha alcanzado una sólida integración en la Unión Europea y, sin embargo, sus intereses están cada vez más lejos de la corriente principal europea. ¿Y cómo puede ser esto posible? ¿Qué es lo que ha hecho mal España en materia de política exterior europea para haber llegado a este punto? Para responder a esto debemos remontarnos a la conceptualización del porqué y el para qué de una política exterior y la finalidad que cumple esta política en la defensa de los propios intereses de un país que parece ser algo que ha quedado relegado en favor de otro tipo de motivaciones, teniendo estas a veces un matiz “demasiado” idealista.

La política exterior no es una política pública más, requiere la fijación de algún objetivo claro, sea de índole económica, social o de seguridad, estando siempre estrechamente vinculado con la identidad.

Las preguntas ¿quiénes somos? ¿qué queremos? y ¿con quién estamos dispuestos a lograrlo? son claves en la política exterior, ya que la política exterior es también acción exterior en tanto en cuanto proyecta sobre el entorno los valores e intereses de un país.

Para un país como España, que no es grande, pero tampoco pequeño, el parón europeo supone una frustración importante. Al contrario que los países medianos y pequeños de la UE, cuya política exterior nacional se solapa de forma prácticamente absoluta con su política europea como por ejemplo Bélgica, Suecia u Holanda, España tiene una entidad suficiente como para tener una política exterior que no pase sólo y exclusivamente por los cauces de Bruselas.

España presenta una grave confusión entre medios y fines y es evidente la carencia de una reflexión estratégica sobre qué se quiere lograr en Europa y cómo se quiere hacer.

Los gobiernos españoles, independientemente de su signo, han invertido gran energía en unas determinadas acciones políticas o en otras dependiendo de su propia ideología y ambición, pero invariablemente esto ha sido hecho teniendo en cuenta los intereses mutuos de España y otros compañeros de Unión Europea. España siempre ha sido fiel a la idea de que lo que está bien para España está bien para Unión Europea y viceversa. Si algo está claro después de todo el proceso de integración en Europa, es que España se ha establecido como

²Dato facilitado por AFIE, Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles



una potencia media, un jugador que pretende ser esencial en Europa así como en otras regiones importantes como Mediterráneo, África y obviamente América Latina.

Sin embargo España se encuentra en pleno 2011 inmersa en una profunda crisis económica y social sin una dirección clara, sin una apuesta clara ni unos objetivos definidos a corto, medio ni largo plazo sobre los intereses nacionales en Europa. Nuestro país no cuenta ni con coordinación, ni visión de conjunto porque no tiene una idea clara y definida de qué política exterior en relación con Europa quiere hacer. Se puede constatar también en numerosos estudios la falta de iniciativas y la pérdida de peso político de España en Europa y en el mundo, tras los devastadores efectos de la crisis económica y su pésima gestión gubernamental en la imagen y reputación internacional de España como potencia media al poner en cuestión la narrativa de éxito económico que ésta había construido, lo que ineludiblemente limita su capacidad de liderazgo internacional.

España ha sido relegada a la cola de la Unión Europea. El último informe³ sobre la zona del Fondo Monetario Internacional sitúa a España en 'El grupo de los 4', junto a Irlanda, Grecia y Portugal, tres países que se han visto obligados a pedir un rescate económico a la Unión. De esta manera, queda patente el alejamiento de España de los países que llevan la batuta económica y política del continente, como Alemania y Francia.

En la UE actual, la capacidad de influencia de un Estado se mide en momentos decisivos y de crisis. Estamos en una UE plural y compleja, donde el hiper-liderazgo ha dejado paso a formas de cooperación, generación de consensos y decisión más laboriosos, más elaborados, menos visibles, pero donde el peso se sigue midiendo, por mucho que les cueste reconocer a más de uno, en batallas ganadas a los demás en defensa de los intereses propios y no tanto en el beneficio del conjunto de la Unión.

Capear el temporal económico, lograr un mínimo consenso interno y cumplir satisfactoriamente las obligaciones que impone la dinámica europea son objetivos suficientes y a la vez realistas. España en su última presidencia debería haber dedicado un claro esfuerzo administrativo y capital político para asentar las bases y los procesos que puedan generar y sostener algunas decisiones importantes en el futuro como pueden ser las implicadas en el ámbito de la gobernanza económica o la política de seguridad y defensa.

Remontándonos a la primera presidencia española de la UE asumida por un gobierno del Partido Popular hizo de la proyección internacional de la Unión una de sus prioridades. Es más, el propio eslogan de la presidencia, "Más Europa", fue explicado por el presidente Aznar en una doble clave: una clave internacional y otra clave española. De tal modo que para nuestro presidente por entonces J.M. Aznar, el eslogan de la presidencia española "Más Europa" tenía dos mensajes: primero, el deseo de dar a Europa el peso y el papel que merece en las relaciones internacionales y, segundo, la voluntad de constatar que el proyecto europeo había sido aceptado y apoyado por los ciudadanos españoles⁴. De este modo, el "Más Europa" de Aznar establecía un nexo entre la europeización de los españoles y la potenciación de la Unión en el mundo.

³ Síntesis de Indicadores económicos. Informe Trimestral Julio-Agosto 2011. Dirección General de Análisis Macroeconómico y Economía Internacional. Subdirección General de Análisis Coyuntural y Previsiones Económicas.

⁴ Véase comparecencia de José María Aznar, Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (Sesión plenaria), núm. 126, 10/12/2002.



Con la progresiva incorporación al espacio natural europeo, a la OTAN y a muchos otros foros internacionales, España ha recorrido un camino extraordinario en el que europeizarse y atlantizarse han sido la cara y cruz de una misma moneda. Si durante los años de gobierno del partido popular se acusaba a España de una fuerte posición atlantista, no es menos cierto que durante las dos últimas legislaturas socialistas la posición ha sido un tanto peculiar, hemos pasado a ser ficticiamente “europeístas, es decir hemos pasado de ser generadores de opinión a meros opinantes.

La ausencia de una clara política exterior española europea e internacional, nos ha dejado en la débil situación de esperar a que otros miembros “referentes” para España como Alemania y Francia se posicionen en temas de diversa índole para posicionarnos entonces según lo hayan hecho ellos o más duro aun, que decidan “casi” por nosotros.

La postura de nuestro actual gobierno que se puede calificar de inactiva o de acompañamiento, de gobierno acomplejado y segundón, sin capacidad de influencia en Europa y de pérdida de liderazgo internacional, es entendible si tenemos en cuenta la falta de preparación que el gobierno ha proyectado de una forma bastante general.

Para ilustrar esta situación es preciso recordar las palabras de Charles Grant, Director del Centro para la Reforma Europea de Londres, *“En una visita reciente a Madrid, no fui capaz de encontrar a ningún diplomático español que no estuviese de acuerdo con la afirmación de que España tiene menos peso del que le corresponde en la UE. Una de las razones es la personalidad del Presidente.”*⁵

Nuestro actual presidente no habla ningún idioma extranjero siendo esta situación francamente inadmisiblemente ética y profesionalmente ya que a cualquier funcionario público de nivel medio que se presente a un puesto oficial relacionado con “relaciones exteriores” (Carrera diplomática, comercio exterior...etc) se le exige en dominio de una o dos lenguas extranjeras, y, por si esto no fuera suficiente, en los 18 años que pasó en el Parlamento español antes de convertirse en presidente, Zapatero apenas viajó fuera de nuestro país. Sin embargo lo que realmente ha sido nefasto para los intereses de España es que no ha realizado ningún esfuerzo serio para forjar alianzas con otros líderes o con otros países. La política exterior de Zapatero ha sido populista en el plano nacional y un sonoro fracaso en el ámbito internacional; y esa política nacional es la que ha obstaculizado la influencia de España dentro de la UE. ¿Esto ha favorecido a España? Está claro que no.

Según Grant, la personalidad del presidente Zapatero y sus habilidades lingüísticas no cambiarán. Sus principales intereses seguirán estando en el ámbito doméstico, pero no hay que olvidar que es más que probable que aunque el Partido Popular volviese al poder, el papel de España probablemente no variaría mucho en la esfera europea ya que Mariano Rajoy, el líder del Partido Popular, no habla idiomas y está principalmente interesado en la política interior.

Con esta posición de debilidad, lejos quedan ya aquel intento por hacerse un hueco en Europa potenciando la imagen de España, que demostró estar a la altura del reto, a veces incluso apostando más alto que los grandes: Francia, Alemania, Reino Unido e Italia por la construcción de una política exterior y de seguridad común (PESC), respetando España la mayoría de las decisiones comunes y contribuyendo activamente con numerosas de las operaciones Petersberg lanzadas en el marco de la PESD.

⁵ Grant, Charles: “¿Por qué pesa poco España?”, ABC, 8 de Mayo 2009, en <http://www.abc.es/20090508/opinion-firmas/pesa-poco-espana-20090508.html>.



Después de varios gobiernos democráticos de diverso signo, tiempos de bonanza económica y dos fuertes crisis económicas, España sigue careciendo de una política exterior por partida doble: en cuanto Estado y en cuanto miembro de la UE.

Europa ha permanecido dividida en política exterior, dedicando demasiado tiempo a hacer negocios y poco a hacer política y es que no hay que olvidar que la política que realmente ha importado en Europa es la comercial; ella ha sido el hilo tejedor de todas las demás e incluso, estableciendo el símil textil a este complejo tapiz europeo que es el concepto Unión Europea, podemos afirmar que se teje a base de un alto porcentaje de aspectos económicos de amplio espectro que van desde el uso mayoritario de el Euro como moneda hasta aspectos legislativos de regulación económica que inciden en el proceso de integración europea y tan solo un representativo porcentaje de aspectos culturales que favorecen la integración y el sentimiento de pertenencia a la Unión Europea.

En lo relativo a la política exterior europea y la posición de Europa en el mundo, la UE es víctima de sus indecisiones. El auge de los países emergentes y el resurgimiento de Rusia ponen en evidencia la necesidad de reconfigurar la dimensión de las potencias europeas de cara a este nuevo y complejo entorno mundial multipolar. En este mundo globalizado y paradójicamente en la UE teniendo en cuenta sus principios fundadores, parece que los Estados de la UE hubieran descuidado la competitividad y el comercio como instrumento básico de la política exterior y la configuración de un poder militar autónomo, siendo la cooperación europea en materia de seguridad y defensa demasiado incipiente. La Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD) todavía se encuentra en una fase primaria y la capacidad de la UE para lograr los objetivos de la Estrategia Europea de Seguridad (2003)⁶ resulta todavía bastante hipotética al haberse centrado en la seguridad blanda.

Los principales actores europeos a diferencia de España sí tienen políticas exteriores europeas y lo demuestran con iniciativas como la propuesta de cooperaciones reforzadas o distintas velocidades dentro de la UE, o la posición con respecto a Estados Unidos.

En este espacio global donde la posición de la UE como actor esencial en la configuración internacional está en “entredicho”, España debe plantearse cuál ha de ser su papel en el mundo dentro de una UE con peso económico, político y también militar para de esta forma poder contribuir a la conformación del sistema internacional emergente. Por tanto es preciso ahora tomar decisiones políticas, incluso anticiparse a las decisiones de los grandes, y además contribuir a lograr un consenso a veintisiete o más miembros en cuestiones prioritarias que el cambio del sistema internacional está induciendo.

En la Presidencia española de la UE del año 2002 España puso especial atención en la cooperación en materia de capacidades que permitiera el lanzamiento de la PESD en el siguiente año tales como crear una auténtica política de armamentos de la UE, el Plan de Acción Europeo de Capacidades y la realización del primer ejercicio de gestión de crisis de la UE. Asimismo se realizó una fuerte acción diplomática para desbloquear las delicadas relaciones UE-OTAN que en aquel momento pasaban por un momento de crisis y que

⁶ “Una Europa segura en un mundo mejor”, *Estrategia Europea de Seguridad*, Bruselas, 12 de diciembre de 2003, en http://europa.eu/legislation_summaries/justice_freedom_security/fight_against_organised_crime/r00004_es.htm.



constituyeron una gran contribución al hito histórico que supuso la declaración conjunta sobre la asociación estratégica de ambas organizaciones adoptada en diciembre de 2002.⁷

Esta presidencia española tuvo como principales objetivos mejorar la relación con América Latina y el tema del Mediterráneo. Con respecto a América Latina la coyuntura económica de Argentina impidió la consecución del acuerdo de libre comercio con MERCOSUR. Sobre el tema del Mediterráneo se consiguió la aprobación de un renovado plan de actuación, y propuestas como una Asamblea Parlamentaria, una nueva línea de financiación en el marco del BEI, la creación de una Fundación Euro-mediterránea o la participación de los socios en el programa Tempus con la Cumbre Ministerial Euro-mediterránea de Valencia.

De la experiencia de esta presidencia se puede sacar como conclusión estratégica que la UE ha de ser también para España la plataforma de lanzamiento de propuestas de reforma de las instituciones del sistema internacional. Se presenta como algo fundamental que el gobierno español, sea del signo que sea, impulse el debate dentro del país, dentro de Europa, y entre la Unión Europea y el resto de países.

Ahora bien, son muchos los retos y dificultades a los que España debe hacer frente: la dispersión de actores e intereses puede tener efectos desestabilizadores, las alternancias de gobierno, el electoralismo partidista, la falta de preparación e incompetencia de las personas nombradas para los puestos de dirección representan un riesgo permanente, como ha quedado demostrado de forma meridiana en los últimos años.

España debe intentar en primer lugar construirse a sí misma como potencia media y mantener esa posición en base a unos principios consensuados por los partidos españoles para que pueda tener una imagen seria y firme en el exterior que redunde en una imagen internacional positiva de España no solo como país sino como marca “España”, repercutiendo esto indudablemente en nuestra economía y crecimiento económico. Esto significa, a grandes rasgos, que España tiene que tener un peso específico, una especial relación privilegiada en tres áreas geográficas: Europa, el Mediterráneo y América Latina. Asimismo España ha de abrirse al Pacífico, evitando correr el riesgo de que otros piensen y actúen por nosotros arrastrándonos en iniciativas o políticas, donde el juego de poder económico y de influencia global se está desarrollando y donde nuestros principales socios europeos están crecientemente involucrados, por no hablar del interés fundamental y prioritario de los Estados Unidos en esta zona.

Aun pecando de simplificación podemos decir que la visibilidad internacional de la política exterior española quedó en los últimos años, en una parte no desdeñable, en manos de: la Alianza de Civilizaciones⁸ y la política de cooperación al desarrollo. Ambas recibieron durante el mandato de Zapatero (2004-08) una inyección constante de capital monetario y político presidencial. Si en tiempos de Aznar se promovió a España como una potencia económica global, una potencia clásica que hacía valer sus argumentos de poder en términos duros y blandos; el primer gobierno de Zapatero con la narrativa facilitada por la Alianza de Civilizaciones⁹ y la ayuda al desarrollo giró hacia una política exterior basada más en el poder

⁷ Ministerio de defensa, Dirección general de defensa, Presidencia Española de la UE en 2002, en http://www.defensa.gob.es/Galerias/politica/seguridad-defensa/ficheros/DGL_Presidencia_espanola_EU_2002.pdf.

⁸ España es uno de los principales contribuyentes a la Alianza de las Civilizaciones.

⁹ “Zapatero y Annan planean crear un 'grupo de sabios' para lanzar la idea de una 'alianza de civilizaciones”, *El Mundo*, 09 Marzo 2005, en <http://www.elmundo.es/elmundo/2005/03/09/espana/1110398405.html>.



blando, las operaciones de paz, el atractivo y la capacidad de persuadir a través de los valores del diálogo y la conceptualización de España como una potencia normativa. Bien es cierto que la política exterior del segundo gobierno de Aznar tuvo también sus sombras, al pretender jugar en la relación con Estados Unidos más allá de sus propias posibilidades, distanciándose de importantes aliados europeos, pero consiguió un nivel de iniciativa y respetabilidad que después se perdió.

En los escenarios prioritarios en los que se ha desenvuelto tradicionalmente la política exterior española hay síntomas de agotamiento y lamentablemente España ha perdido oportunidades decisivas y la pérdida de peso en Europa es evidente. Al aceptar sin compensación alguna el Tratado de Constitución Europea, Rodríguez Zapatero asumió voluntariamente que España ya no forme parte del club de los grandes y que, por tanto, perdiera capacidad de parar iniciativas que atenten contra los intereses españoles.

Zapatero rebajó de manera gratuita el poder de decisión de España en la UE que tanto había costado conseguir durante las negociaciones del Tratado de Niza. Lo mismo ocurrió con las negociaciones sobre los fondos comunitarios: El Gobierno “logró” perder 43.000 de los 48.000 millones de euros que estaban en juego en las nuevas Perspectivas Financieras de la Unión. Sin embargo actualmente nuestro país tiene la oportunidad de cambiar esa tendencia de dejar pasar de largo oportunidades que favorezcan el papel relevante y decisivo de España en cuestiones de índole internacional, gracias al Tratado de Lisboa y el papel de terceros.

2. El Tratado de Lisboa: una nueva oportunidad para España

En el pasado la entrada de España en la Unión Europea se proyectaron los objetivos de construcción de una especial relación con América Latina. Ahora, una vez entrado en vigor el Tratado de Lisboa, hay que repensar esta relación, siendo uno de nuestros principales objetivos construir una especial relación de la Unión Europea con América Latina y la concepción de España como actor relevante en la construcción de esta relación que, en el futuro, no muy lejano, tendrá un importantísimo peso, dada la situación de los mercados de las commodities y el peso específico en la esfera internacional que están cobrando países emergentes Latinoamericanos como Brasil y otros países cuya relevancia en la esfera internacional pasa por su producción petrolífera o por sus recursos.

Teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado, las presidencias europeas españolas deben servir a nuestros objetivos de política exterior (que previamente deben estar claramente definidos) sirviéndonos para crear una doctrina propia de cuál es el esquema relacional que deseamos que la Unión Europea tenga como conjunto hacia una determinada zona o tema. La creación de intereses, las fuertes inversiones europeas en países latinoamericanos y las relaciones económicas con países emergentes americanos son un activo que España a su vez tiene dentro de la Unión Europea para que la Unión Europea modifique o intensifique sus prioridades hacia América Latina y la posición de España como intermediadora salga reforzada positivamente.

Para España, América Latina representaba una oportunidad de adquirir relevancia internacional y una fuente de oportunidades económicas. Tradicionalmente para América Latina, España proporcionaba, vía Europa, un vínculo alternativo al estadounidense, a la vez



que una oportunidad de solucionar sus tradicionales problemas bilaterales en esquemas birregionales. Sin embargo Latinoamérica, ha hecho bien los deberes y clave de su éxito es que quizás ya no necesita a España para estar presente con un carácter decisivo en Europa y en la globalización; por el contrario España si necesita de América Latina para tenerlo.

3. Cuando Europa ya no es la respuesta

El profundo europeísmo de España se enfrenta ahora a un interrogante sobre su eficacia a la hora de conseguir sus propios objetivos e intereses. Europa actualmente se encuentra en un periodo de transición e incertidumbre y el agotamiento europeo nos conduce a repensar inevitablemente en cómo se defienden mejor nuestros propios intereses globales. Una Europa capaz de lograr y resolver satisfactoria y colectivamente la cuestión de su presencia global habría evitado a España preguntarse a sí misma sobre cómo conseguirlo. Así que España debe tener una capacidad de propuesta y visión global de la evolución de toda esta construcción exterior de la Unión Europea. La batalla a plantear no es tanto pelear una vez más los fondos de cohesión sino poner interés en conseguir el liderazgo de ser el país que pensó cómo se tenían que hacer las cosas en Europa, la Europa de todos y arreglar su profundamente deteriorada situación interior. Hay que reconocer que gran parte de las medidas que nos afectan se deciden fuera de España y que por tanto para tener capacidad de decir sobre eso debemos desarrollar una capacidad de influencia en el entorno europeo.

Por tanto, no resulta descabellado plantear que la política exterior de España con respecto a la UE debe replantearse en profundidad, introducir mejoras de gran calado si se quiere influir partiendo de una situación de extraordinaria debilidad, definir objetivos estratégicos en un momento en que la Unión Europea se está desinflando, establecer una periodización y aportar recursos para ello. Se impone, en consecuencia, una reforma previa interna en profundidad.

4. Conclusión

España está todavía a tiempo de reconducir su política exterior hacia Europa, pero no mucho más, puesto que en Europa el reloj corre en contra de España ya que los procesos de ampliación han desplazado el centro de gravedad de la Unión Europea del Sur al Este, obligando a España a replantearse su posición en Europa con respecto a importantes asuntos como la política agrícola común (PAC), la contribución al presupuesto comunitario o la reforma del mecanismo de toma de decisiones. Asimismo la crisis económica ha relegado al país tres puestos en la clasificación de potencias mundiales. Según el informe de primavera del Fondo Monetario Internacional, España cerró 2010 como la duodécima economía y vaticinando que no volverá al grupo de los 10 más grande en un futuro previsible siendo este un dato alarmante tras haber soñado en un pasado no muy lejano con entrar en el grupo de los siete países más industrializados del mundo gracias a década y media de fuerte crecimiento. Pero si bien la crisis económica ha sido el detonante del hecho de que a España se la haya relegado a a esta posición, no es menos cierto, que la pésima gestión del gobierno han hecho que España se encuentre entre los posibles países a rescatar, relegándole al rango de país de segunda división. Esto junto a la falta de visibilidad de España en el escenario internacional, la ausencia de un liderazgo político efectivo en pro de nuestros intereses nacionales, está llevando a España a una situación de clara debilidad y vulnerabilidad en lo que se refiere a la



implantación de medidas y acciones referentes a materia de política exterior europea y extracomunitaria .

Si algo ha dejado claro la actual crisis económica y la nefasta gestión en materia de política exterior de políticos escasamente cualificados, es que el europeísmo tradicional de España ya no es la respuesta automática a todos los nuevos desafíos. En el nuevo contexto en el que nos vemos inmersos resulta legítimo cuestionar si Europa ya necesitará a España para lograr sus fines y repensar como utilizar esa necesidad a nuestro favor. España debe, como otras potencias europeas, afirmar y luchar de un modo decidido y sostenido en el tiempo por sus intereses nacionales sin complejo alguno dentro del cada vez más complejo entramado de la Unión Europea y para ello necesitamos políticos realmente cualificados, no mediocridades, con capacidad de liderazgo e influencia en las negociaciones que se den en el seno de la Unión Europea. España ha de pasar de ser un país que juega según las reglas del juego a un país que piensa todo el juego, el juego de Europa, en función de sus propios intereses y ese planteamiento supone cambios de paradigmas en el gobierno y en la sociedad y por supuesto asumir que la toma de decisiones tiene que tener una dimensión que no puede quedar condicionada por fines electoralistas, sino por el fin principal de construcción de un proyecto de España y su relación con Europa y el mundo a medio, largo plazo.